

Isabel Bog.

(Fragmento)

Desde la cocina vi como mi madre se acercaba por el camino de piedras. La examiné hasta que alcanzó la puerta, seguía siendo una mujer hermosa, lo peor es que ella también lo sabía. Mi padre, las pocas veces que la acompañaba parecía un anciano a su lado, el pelo completamente cano, las bolsas bajo los ojos, aquella inclinación cada vez más acentuada al caminar que delataba, más de lo que él hubiera querido, el peso de los años. Pero ella no, pensé al verla, aquella mujer que atravesaba, segura de si misma, por el empedrado que conducía a mi casa, parecía sólo unos años mayor que yo, cualquiera hubiese jurado que éramos hermanas y no madre e hija, creo que nadie hubiera imaginado que casi nos separaran veinticinco años.

Ya estaba acostumbrada a estas visitas inesperadas, nunca llamaba antes de venir, ni se le podía pasar por la cabeza no encontrarme en casa, o que no me apeteciera su visita, si ella quería verme vendría sin más. Quizá hubiese sido mejor haberle puesto alguna excusa, algo así como “tengo muchísima prisa y no me puedo entretener”, o “iba a salir ahora mismo...” pero claro que estando en pijama y con toda la casa oliendo a café recién hecho no sonaría muy convincente, así que opte por abrir la puerta y esperar lo que fuera que se avecinaba.

Y los malos augurios se cumplieron, otra vez lo mismo, igualito que la última semana, que el último mes, que el último año. Que papá cada vez está más difícil, que la edad en algunas personas no perdona, que a ver si tu puedes hablar con él porque está lo del testamento sin resolver, y tu hermano Santiago como vive en París y al fin sólo nos ve en Navidad, no quiere intervenir. No lo podía creer, no habían pasado ni diez días de la última conversación idéntica a ésta, y creo que en ese momento me di cuenta de lo asustada que estaba mi madre. Intenté tranquilizarla, tomé sus manos y le mentí asegurándole que hablaría con mi padre, que no se preocupara. Me di cuenta del error en el mismo momento que lo estaba cometiendo, sabía que ya no me dejaría en paz.

Y así fue, me llamaba a todas horas preguntándome si ya había comentado algo con mi padre, no sirvió de nada que le contestara hasta hartarme que yo también trabajo, que llevaba muy retrasadas las clases y que quería aprovechar el final de las vacaciones para prepararlas, que intentaría ver a papá durante la semana siguiente. Todo fue inútil, insistió hasta que no pude negarme y de acuerdo con su plan concerté un almuerzo con mi padre para el viernes, que como bien me recordó mamá, era la víspera de su cumpleaños. Por supuesto ella no estaría, papá no soportaba hablar de estos asuntos en su presencia. Yo, por mi parte, no tenía ni la más mínima idea de cómo iba a abordar el tema con él, pero también sabía que no podía levantarme de la mesa sin una respuesta para mamá.

(...)

Ejercicios:

Exposición forzada:

“porque está lo del testamento sin resolver, y tu hermano Santiago como vive en París y al fin sólo nos ve en Navidad, no quiere intervenir.”

Nueva redacción:

“porque Santiago desde París no quiere intervenir y hará lo de siempre, venir en Navidad y que se lo den todo resuelto”

Exposición forzada:

“concerté un almuerzo con mi padre para el viernes, que como me recordó mamá, era la víspera de su cumpleaños”

Nueva redacción:

“concerté un almuerzo con mi padre para el viernes, aprovechando que era la víspera de su cumpleaños no le extrañaría tanto esta cita.”

COMENTARIO:

En este fragmento enviado por Isabel observamos con claridad la buena aplicación de cómo en el texto aparece alguna información que la narradora observa como demasiado explícita y que cambia de manera radical una vez que, tal y como demuestra en la corrección por ella misma propuesta, se deshace la intención explícita de ciertos datos: Que en el primer ejemplo se omita (en la corrección) el dato de que Santiago es hermano de la narradora de la historia poco importa: entendemos que en el transcurso de la narración este hecho se resolverá, lo que nos demuestra que a menudo las exposiciones forzadas tienen que ver con cierta miopía a la hora de encarar las historias y no ver que durante la extensión del cuento siempre habrá otros momentos en los que cierta información puede dosificarse sin el lastre del apresuramiento.